

loncito había otra pieza redonda tapizada de satén, botón de oro, de un sabor original. Los esplendores de la araña, delicadamente velados atenuaban el color amarillo, dándole un tono de sol vespertino. La alfombra imitaba un sembrado de hojas secas. El piano de ébano, espejos, una mesa Luis XVI y una consola que sostenía grandes ramos eran los muebles del saloncillo, en compañía de los confidentes, pufs y sillones tapizados, lo mismo que las paredes. No faltaban las mecedoras, sillas bajas y taburetes de elegantes variedades que no dejaban ver la madera, cubierta por completo con la muelle tapicería. Todos los muebles, en fin, parecían discretos lechos de pluma, donde se pudiera dormir, amar y desvanecerse en una singular armonía de tonos amarillos y lánguidos.

Renata gustaba mucho de aquel saloncillo, y durante el día pasaba en él sus ratos de ocio.

La tapicería, en vez de apagar el color de sus cabellos, prestábasele extraños resplandores, y hacía destacar su cabeza sonrosada como la de una diana delicada.

Allí estaba entonces con sus amigas. Su tía y su hermana acababan de salir, y sólo quedaban en el saloncillo cabecitas ligeras. Casi tendida en su confidente, escuchaba Renata los secretos de Adeline, Susana Haffner, no perdía su languidez ale-

mana ni su aire provocativo, rodeada por un grupo de jóvenes. Sidonia, en un rincón, daba lecciones en voz baja á una muchacha de rostro virginal. Luisa, más lejos, en pie, hablaba con un joven muy apuesto y muy tímido, que se ruborizaba con frecuencia, mientras el baron Gourand, corpulento como un elefante, dormitaba en su butaca, sin atender á nadie.

Hacía mucho calor, y el aleteo de los abanicos, despedía un lánguido perfume en el ambiente.

Renata, al ver á Máximo en el dintel de la puerta, se levantó vivamente, pretextando sus deberes de ama de casa, y pasó al gran salón, donde la siguió el joven.

—Vaya,—le dijo reuniéndose á él, con expresión irónica,—la jorobadilla es agradable... ¿Ya no te parece tan estúpido hacerla la corte?

—No entiendo,—contestó Máximo, que iba decidido á defender la causa de su compañero De Mussy.

—Creo que he hecho bien en no librarte de Luisa... Confiesa que eso es indecente en una mesa...

Máximo se echó á reír.

—¡Ah! vamos, ya recuerdo... Nos hemos contado historias. No conocía á esa niña, y es graciosilla, parece un muñeco.

Renata continuaba irritada como una mujer



honesto, y Máximo, que no conocía en ella tales enfados, añadió con naturalidad:

—¿Crees tal vez, mamá, que la pellizcaba por debajo de la mesa? Es preciso saber conducirse con una prometida... Pero dejemos esto, tengo que de irte algo más grave. Escucha...

Y en voz baja continuó:

—Acababa de decirme De Mussy que es muy desgraciado. Ya comprenderás que mi papel de arreglaros si estáis de monos, no es muy airoso, pero ya sabes que le he conocido en el colegio y como le veo tan desesperado, le he prometido decirte algo...

Renata le miraba de un modo indefinible.

—¿No me contestas?—continuó Máximo.—Bien, mi comisión está cumplida, ahora arreglaos como os parezca, pero conste que ese pobre hombre me da lástima.

Renata sin quitar la vista de Máximo, contestó:

—Dile que me fastidia.

Y comenzó á pasear entre los grupos, sonriendo y saludando; Máximo, quedó sorprendido y parado en su sitio.

La fiesta tocaba á su término y como era cerca de media noche, la gente iba desfilando lentamente.

No queriendo Máximo acostarse bajo una im-

presión desagradable, decidió buscar á Luisa. Pasaba cerca de la puerta de salida, cuando vió en el vestíbulo á la linda señora Michelin, á quien su marido envolvía en una salida de baile, azul y rosa.

—¡Oh! ha estado encantador—decía la joven á su esposo — Hemos hablado de ti durante la comida, y él hablará por su parte al ministro... Sólo que no es á él á quien corresponde su ascenso...

Y como pasara el Barón Gouraud.

—Este señor sería quien lo podría hacer—añadió al oído de su esposo.—Hace lo que quiere en el Ministerio. Mañana será preciso intentar en casa de los Mareuil...

Michelin sonriendo, salió con su mujer, con tanta precaución, como si hubiese llevado al brazo un objeto frágil y precioso.

Así que Máximo vió que Luisa no estaba en el vestíbulo, dirigióse al saloncito, donde la encontró casi sola, esperando á su padre. Sólo quedaba la señora Sidonia, diciendo que prefería los animales á algunas mujeres de funcionarios públicos.

—¡Ya está aquí mi maldito!—gritó Luisa.—Siéntese aquí y dígame en qué butaca se ha podido dormir mi padre. De fijo habrá creído que estaba en el Parlamento.

Y los jóvenes volvieron á reír con igual gana



que durante la comida. Sentado á los pies de Luisa, en una silla muy baja, acabó por tomarle las manos, jugando con ella como un camarada. Creyéndose solos, se reían con entera confianza, sin sospechar que Renata, en pie en medio del invernadero, y medio oculta, les miraba desde lejos.

Un poco antes había distinguido á Máximo y á Luisa y su presencia la detuvo detrás de un arbusto. La temperatura en el invernadero era bastante alta, y alrededor de Renata un mar de hojas y verduras se extendía bajo aquella especie de nave de una iglesia, cuyas delgadas columnillas subían hasta sostener la bóveda de cristales.

En el centro, en un estanque oval, al nivel del suelo, vivía con la vida misteriosa y opaca de las plantas de agua, toda la flora acuática de los países orientales.

Los ciclantos levantaban sus verdes penachos, ceñiendo como con un cinturón monumental el surtidor, que parecía el capitel truncado de alguna construcción ciclopea; en los extremos grandes tornelias extendían fuera de la tasa sus extrañas y enmarañadas hojas y sus ramas secas, desnudas y torcidas como serpientes, dejando caer sus raíces semejantes á redes de pescador colgadas en el aire.

En el mismo borde casi, un pandano de Java, dilataba sus verdosas hojas, estriadas de blanco,

finas como espadas, y espinosas y dentadas como puñales malayos; y á flor de agua, viviendo en la templada atmósfera de aquel cristal dormido, abrían los nenúfares sus estrellas sonrosadas, en tanto que los euriolos arrastraban sus hojas redondas y leprosas que nadaban extendidas y planas como espaldas de sapos monstruosos, cubiertas de pústulas.

Una especie de helecho enano, á manera de alfombra, formaba espeso tapiz de musgo verde claro, rodeaba el estanque; y al otro lado de la gran calle circular, cuatro corpulentos y espesos árboles subían con vigoroso impulso hasta la bóveda del invernadero.

Las palmeras, ligeramente inclinadas, abrían sus penachos y extendían sus cabezas redondas, permitiendo coger sus ramos, como remos abandonados en su eterno viaje por la atmósfera.

Los bambúes de la India subían derechos, delgados y duros, haciendo caer desde lo alto una lluvia de hojas; el rabenal, el árbol del viajero, alzaba también allí su ramillete de inmensos abanicos chinoscos; y en un extremo, un plátano cargado de frutos, alargaba en todas direcciones sus largas hojas horizontales, donde hubieran podido dormir perfectamente dos amantes estrechándose el uno contra el otro.

Veíanse en los ángulos euforbios de Abisinia,



que remedaban cirios espinosos, contrahechos, llenos de vergonzosas jorobas, sudando veneno; y bajo los árboles, para cubrir el suelo, helechos enanos, adiantos y plérides, ostentaban sus delicados encajes y sus finos recortes.

Los alsófilas de la mejor especie, tendían en zonas sus filas de simétricas ramas, de seis ángulos, tan regulares que semejaban grandes piezas de porcelana.

Una orla de begonias y caladios rodeaba los grupos vegetales; las begonias, de hojas retorcidas, manchadas de verde y rojo, y los caladios, cuyas hojas lanceoladas, blancas y con nervios verdes, parecían anchas alas de mariposa.

Otra segunda calle, detrás de los grupos vegetales, daba vuelta al invernadero y allá sobre las gradas que ocultaban los tubos de la estufa, florecían las marantas, suaves como el terciopelo, la gloxinia, con campanillas de color violado, las dracenáceas, semejantes á placas barnizadas.

Cuatro bóvedas formadas de verdura, con plantas trepadoras, constituían uno de los encantos principales de este jardín de invierno.

El árbol de la vainilla, cuyo maduro fruto exhalaba un olor penetrante, corría en torno de un pórtico guardado de musgo; cubrían las columnillas las cáscaras de Levante con sus hojas redondas, y los bauhinias de encendidos racimos; y

otras plantas extrañas, cuyas flores colgaban como collares de vidrio, mostrábanse ya en hileras, ya deslizándose en desorden, ya anudándose entre sí, como finos cordones que jugaban y corrían sin término sobre el obscuro fondo del follaje.

Suspendidos por cadenas de hierro pendían entre los macizos, aquí y allí, canastillos, en los cuales se hallaban las orquidáceas, plantas rarísimas cuyos vástagos rechonchos, nudosos y encorvados, como miembros enfermos, prenden en todas partes.

Veíanse también zapatos de Venus; cuya flor asemeja una pantufla, y stanhopea, de flor pálida y atigrada, que exhala de lejos un hálito acre y fuerte.

Mas la verdadera maravilla, era un gran hibisco de la China, cuya profusión de flores y follaje cubría por completo el flanco del hotel en el que la estufa se apoyaba. Las anchas y purpúreas flores de esta malva gigantesca, que sin cesar se reproducían, y viven sólo algunas horas, se hubiese creído bocas sensuales de mujer que se abrían, labios rojos, tiernos y húmedos de alguna gigantesca Mesalina, cuyo besos asesinaran y siempre renacieran con su ávida y sangrienta sonrisa.

Renata, junto al estanque donde vivían las flores acuáticas, temblaba en medio de aquella tropical eflorescencia.



Detrás de una esfinge de mármol negro, echada sobre un bloque de granito, vuelta la cara hacia el acuario, tenía una sonrisa de gata discreta y cruel, y era, con sus contornos relucientes, el ídolo sombrío de aquella tierra de fuego.

En el agua espesa y dormida del estanque, extraños y juguetones rayos de luz se eutrechocaban, iluminando tenuemente vagorosas formas, masas azuladas, semejantes á bosquejos monstruosos.

Los globos de cristal esmerilado llenaban el follaje de blancos resplandores, haciendo destacar el contorno marmóreo de los bustos de mujer, y en torno de aquel círculo dulcemente iluminado, la obscuridad reinaba por completo.

Renata dentro de este círculo, pensaba mirando desde lejos á Luisa y á Máximo. No era ya el vago ensueño del Bosque, su pensamiento era un deseo distinto, agudo que se desbordaba.

Un apetito de voluptuosidad, un amor inmenso, flotaba en aquella nave cerrada, donde hervía la ardiente savia de los trópicos.

Sentí se como subyugada en presencia de las bodas potentes de la tierra, que á su alrededor engendraban aquel follaje y aquellos troncos colosales, aquel desbordamiento de selva, aquella aglomeración de vegetaciones que abrasaban, cargadas de embriaguez y deleite.

A sus pies, el estanque, cuya superficie humeaba, caliginosa, con el jugo de las flotantes raíces, cubría sus hombros como con un velo de pesados vapores que encendía su piel como al contacto de una mano húmeda y febril.

Sobre su cabeza sentía el movimiento oscilante de las palmeras, y más que el calor sofocante, más que el brillo de las luces y la profusión de flores, los olores eran lo que trastornaba su espíritu. Indefinible perfume, fuerte, avasallador, excitante, reunión de mil perfumes diversos; traspiraciones humanas. alientos de mujeres, ambientes de cabelleras y dulces ráfagas cortadas por rudos hálitos pestilenciales y venenosos. Y entre aquella extraña reunión de olores, sofocando las del cadáveras de la vainilla y las agudezas de las orquideas siempre dominante el olor humano, sensual, penetrante, el olor que sale por las mañanas de la habitación de dos esposos jóvenes.

Apoyada Renata en el zócalo de granito de la esfinge, enrojecido el rostro y bañado en la luz que fulguraban sus diamantes, parecía una flor más, una gran flor, rosa y verde, uno de los nenúfares del estanque oval, por el calor desfallecido.

Todos sus buenos propósitos desvanecíanse en aquella hora, y la embriaguez del banquete, victoriosa y avasalladora, subió á su cabeza, centu-



plicada por las emanaciones del invernadero. Sus sentidos de mujer ardiente, sus caprichos de mujer estragada se despertaban en ella con vigor inusitado, y sobre ella, la gran estufa de mármol negro, reía misteriosamente, como si hubiera leído el deseo, formulado al fin, que galvanizaba aquel corazón muerto, el deseo tanto tiempo vago, fugitivo, la *otra cosa*, buscada en vano por Renata que acababa de revelarse bruscamente á sus sentidos, bajo el esplendor de las luces, en medio de aquel jardín de fuego, la presencia de Luisa y de Máximo, que reían y jugaban con las manos enlazadas.

Un rumor de voces que resonó de pronto en una de las grutas, á la que Aristides Saccard había conducido á Mignon y Charrier, vino á herirle en medio de sus ensueños.

—No es posible, señor Saccard,—decía la voz gruesa de Charrier.—No podemos comprar de nuevo ese terreno á más de doscientos francos el metro.

Saccard contestaba con voz agria:

—Bien, pero de la parte que á mi me correspondía, ustedes me han adjudicado cada metro á doscientos cincuenta francos.

—Pues entonces, llegaremos á los doscientos veinticinco francos.

Y la conversación continuó, brutal, resonando

extrañamente bajo la bóveda de verdura, pero no fueron más que vano rumor en el delirio de Renata, á cuyos ojos se presentaba con la atracción del vértigo, un placer desconocido, traspirando el crimen, más áspero que todos aquellos que había ya apurado... el último que la quedaba por gozar.

El arbusto tras el cual estaba, era una planta maldita, una tanghin de Madagascar, de hojas anchas siempre verdes, y blanquecinos tallos, cuyos nervios destilaban un humor ponzoñoso.

Al ver á Luisa y á Máximo riendo satisfechos, Renata, fuera de sí, con la boca seca é irritada, tomó entre sus labios una rama de tanghin, que á la altura de su boca estaba, y mordió sin darse cuenta de ello, una de las amargas hojas.